

LA CHINA Y EL CONFLICTO DE ORIENTE MEDIO

Desde principios del mes de agosto, las noticias del Oriente Medio ocupan en la prensa china casi tanto espacio como las informaciones sobre la guerra de Indochina. El tema es uniforme: «Los imperialistas americanos, en colusión con otra "superpotencia", tratan —en vano— de apagar las llamas de la lucha armada del pueblo palestino, intentan sabotear la unidad de los países y pueblos árabes, imponer una especie de "Munich del Oriente Medio" y realizar sus ambiciones agresivas en esa región».

Lo sorprendente del caso es que los chinos no conceden su apoyo a las organizaciones palestinas consideradas como «extremistas». Continuamente se da relieve a las declaraciones de Yasser Arafat, como para subrayar que cuenta, en su calidad de jefe de la Organización de Liberación Palestina, con la confianza total de China. Por el contrario, el doctor Habache, cuyo F.P.L.P. está muy cerca ideológicamente de Pekín, es menos conocido de los lectores chinos, aunque la entrevista recientemente concedida por él a la revista «Jeune Afrique» la haya reproducido la agencia Hsinhua.

Por otro lado, no se encuentra ningún ataque directo, en los periódicos chinos, contra los países árabes que han aceptado el «plan Rogers». Aunque la cólera de los guerrilleros palestinos contra Nasser se traduce en el texto de ciertas «resoluciones» adoptadas en los campamentos de refugiados o durante mítines celebrados en Irak o en Siria, el «rais» egipcio no ha sido criticado abiertamente en ningún momento.

Los «elementos reaccionarios» en los que se apoyan los Estados Unidos son definidos siempre de forma lacónica —y anónima a la vez— como «lacayos del imperialismo americano».

FIN DEL DIALOGO

Tampoco se perdona a la U.R.S.S., a la que la prensa china denuncia como cómplice de los Estados Unidos en el complot destinado a «imponer un nuevo Munich» en el próximo Oriente. Pero con un matiz de diferencia: a los soviéticos se los presenta siempre como subalternos aspirantes al título de «supergrandes», que no sacarán de la operación los mismos beneficios que los Estados Unidos.

Estas prudencias y matizaciones de la prensa china parecen revelar una nueva orientación en la política exterior de Pekín. La diplomacia china se está mostrando mucho más activa últimamente que durante los años de la «gran revolución cultural». Mao Tse-Tung ha recibido personalmente a todos los estadistas extranjeros que han visitado Pekín este año. Chu En-Lai se ha reconvertido en viajante de la revolución china: después de su viaje por Corea del Norte, piensa hacer una «tournee» por África, con una escala suplementaria en París, posiblemente. Los embajadores chinos, por su parte, vuelven a sus puestos en las diferentes capitales —incluidas las de las democracias populares— tras una ausencia de casi tres años.

El elemento nuevo más visible de la «nueva política» de Pekín es que los chinos han dejado de considerar a la Unión Soviética como país socialista. Ya no tratan de influir sobre la conducta internacional de los soviéticos a base de una polémica sobre el «revisionismo» y el mejor modo de fomentar la revolución en el mundo. Parece que acabó ya la época de los grandes editoriales contra el «jruschevismo» o el «jruschevismo sin Jrushev». Ya no se preocupan de cruzar las armas con los partidos comunistas prosoviéticos, como hicieron en la época de Togliatti y de Thorez. Ahora, la China considera a la U.R.S.S. y sus aliados del Este países «como los demás», y clasifica a los partidos prosoviéticos dentro de la categoría de las «fuerzas burguesas», con las que no quiere establecer relación alguna, aunque sea polémica.

Vistas desde este ángulo, las relaciones americano-soviéticas pertenecen al campo de los conflictos —o colusiones— entre imperialistas. Todo esto se traduce, en todas las declaraciones de Pekín, por una nueva fórmula sobre el «imperialismo (americano) y el social-imperialismo (soviético)». El objetivo de la diplomacia china es frustrar los planes agresivos de estas dos superpotencias e impedir que se arroguen el derecho de decidir sobre la suerte de los demás países.

UNA SALVAGUARDIA DE INDEPENDENCIA

¿Cómo? En todo caso, no mediante la fuerza. China no está

capacitada para intervenir militarmente fuera de sus fronteras, y afirma, por otro lado, que ni siquiera en el futuro, sea cual fuere la potencia de su ejército, piensa hacerlo. Pero los chinos piensan que la repartición del mundo por los supergrandes en dos esferas de influencia es contraria a los intereses de los demás países, pequeños o medianos, y que esa repartición no llegará a producirse a causa del gran ímpetu del movimiento revolucionario en el tercer mundo e incluso dentro de los países capitalistas. De estas dos premisas se desprende una línea coherente que consiste a la vez en alentar los deseos de independencia de los regímenes ya existentes y estimular las fuerzas más revolucionarias —la resistencia palestina, por ejemplo—, aun cuando resulten las más difícilmente «controlables».

Esta evolución de la política china se había manifestado ya antes de la crisis de Oriente Medio por un cambio en la actitud de Pekín para con determinados países del Este, Yugoslavia en particular. A lo largo de los años cincuenta, los chinos se encarnizaron con el «revisionismo yugoslavo», considerado como la imagen misma de la sociedad que iba a constituirse, de allí a poco, en la Unión Soviética. Hoy por hoy, como ni la U.R.S.S. ni Yugoslavia son ya «socialistas», lo único que cuenta, para Pekín, es el derecho legítimo que tienen los yugoslavos a defender su soberanía contra el «social-imperialismo». El nuevo embajador de China en Belgrado parece habérselo expresado claramente al presidente Ribicic durante la presentación de sus credenciales. También es seguro que el embajador Sung Chih-Kuang, que acaba de ser nombrado para representar a su país en Alemania Oriental, no dejará de llamar la atención de Ulbricht sobre el peligro que representa el tratado Brandt-Kosiguin para la soberanía de su país. La prudencia de los chinos para con Nasser puede explicarse igualmente por el deseo de aquellos de no cerrar la puerta a un eventual sobresalto de independencia por parte del egipcio.

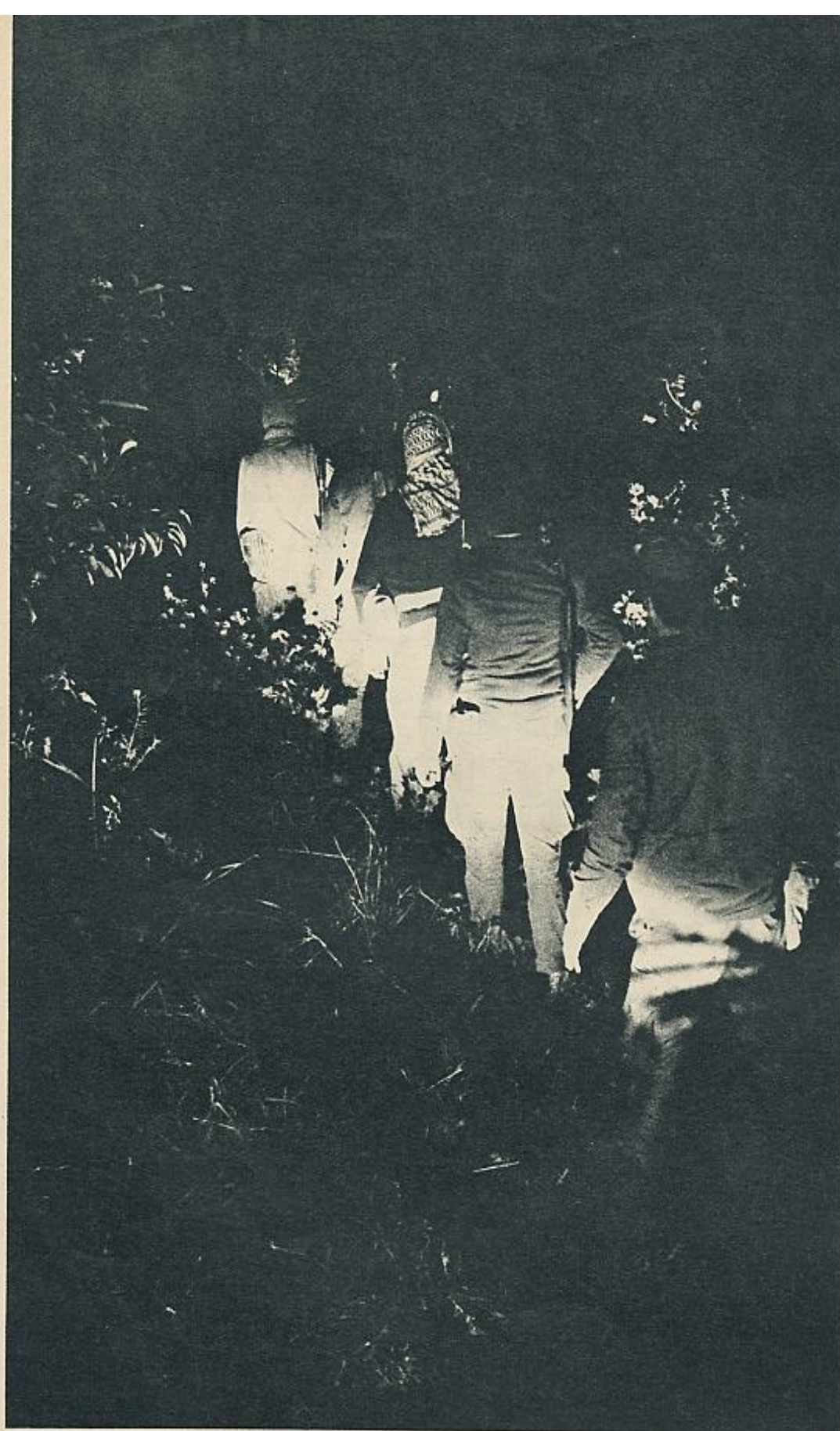
La negativa de los chinos a aceptar la división del mundo en dos «esferas de influencia» es tan conocida de todos, tan espectacular, que el envío de un emisario

a Pekín ha llegado a ser la mejor salvaguardia de la independencia para cualquier país. Cuando, al día siguiente de la visita de Bettencourt a la China, se habló de la «voluntad de los chinos de salir de su aislamiento», olvidó al parecer que era más bien la Francia de Pompidou la que trataba de demostrar de esa manera su fidelidad a la política gaullista, enlazando con la tradición —iniciada por Edgar Faure y continuada por André Malraux— de los viajes que tanto fastidian a los americanos.

AYUDAR SIN DIRIGIR

Pero el verdadero problema no es el de saber a quién beneficia en primer lugar esta política de intercambios con China. Habría que preguntarse, más bien, sobre todo a la luz del drama palestino, si no hay una contradicción entre los deseos chinos de separar al mayor número de países de la tutela de los supergrandes, y los ánimos que trata de infundir a las fuerzas más revolucionarias, que no sólo se enfrentan con las grandes potencias, sino también con los «protegidos locales» de Pekín. ¿Puede exaltarse la revolución palestina al mismo tiempo que la unidad de los países árabes, cuando esta unidad parece jugar más a favor del pequeño rey Hussein que de los «fedayin»? ¿No hay ahí una contradicción parecida a la que caracterizó la política soviética en la «época heroica» de Lenin, y que resultaba de la dificultad de conciliar los intereses del Estado (obligado a mantener relaciones con otros Estados) con los de la Internacional revolucionaria?

Los chinos replican —extraoficialmente, que no por los comunicados de la agencia Hsinhua— que no puede haber divorcio entre esas dos corrientes de su política, pues, contrariamente a la U.R.S.S. de entonces, ellos no se proponen dirigir los movimientos revolucionarios en el extranjero. Al reducir el campo de acción de los supergrandes, crean —dicen ellos— las condiciones más favorables para el florecimiento de la extrema izquierda, pero es esta sola, en su marco nacional, la que debe elegir la táctica a seguir y resolver sus problemas específicos. China no quiere



Los chinos dirigen su apoyo, fundamentalmente, a los grupos menos extremistas. Es Arafat, y no Habache, quien está mejor visto por ellos. En la fotografía: patrulla nocturna de los hombres de Al Fatah.

re desempeñar un papel de árbitro entre las diferentes facciones que se dicen maoístas (de aquí que se niegue a apoyar al doctor Habache en su enfrentamiento con Yasser Arafat), ni asumir, evidentemente, la responsabilidad de sus errores. Simplemente promete su apoyo incondicional a todo movimiento capaz de pelear y salir victorioso, y ningún dirigente podrá contar con ella para apagar las llamas de una revolución social.

«AMIGOS EN TODAS PARTES»

En apoyo de esta afirmación, los chinos recuerdan al mundo cómo actuaron en mayo de 1968: fueron los únicos que no tuvieron en cuenta la susceptibilidad de De Gaulle, y añaden que no les preocupa el que su apoyo categórico —y no sólo verbal— a la resistencia palestina pueda perjudicar sus relaciones con determinados países árabes, con los que mantienen buenas relaciones diplomáticas.

Los soviéticos, que llevaban tanto tiempo acusado a China de propósitos belicistas, están cambiando de táctica. Según ellos, los chinos confunden las antenas radiofónicas con cohetes: hablan mucho, pero no disponen de las armas decisivas que les permitirían influir realmente sobre el curso de los acontecimientos. Este enfoque no es tampoco nuevo: en Teherán y Yalta, Stalin, que juzgaba de la importancia de un país sólo en función de la potencia de su ejército, preguntaba ya «cuántas divisiones tenía el Papa».

Pero esta anárquica concepción de la «fuerza» —compartida igualmente por los norteamericanos— puede resultar bastante ilusoria en un enfrentamiento político con un país como China, que no juega el juego de las potencias, sino que confía en la dinámica de un mundo en plena evolución. «Tenemos amigos en todas partes», proclamaba la resolución del Comité central del partido comunista chino del 6 del pasado septiembre. Después de la carnicería de Amman, que nada añade a la gloria de la «democrática» América ni a la de la Rusia «socialista», China debe de haberse granjeado más amigos todavía en el Oriente Medio. ■ K. S. KAROL.